

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION E IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *El almendro*, Amparo García.—II. *El turbante y la camisa*, Dionisio J. Delicado y Rendon.—III. *Soñando*, Jorge Rendon Goodsquire.—IV. *Un perro y una mujer*, Miguel Fernandez.—V. *A L., T. Rodriguez de la Torre*.—VI. *La superficie y el fondo*, Vicente Guillot.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

EL ALMENDRO.

Descargaba un leñador con fuerza su segur contra un viejo almendro, pronunciando groseras invectivas cada vez que los endurecidos troncos resistían el golpe del acero.

Caían al suelo las marchitas ramas, y las hojas huían revoloteando, como si no quisieran presenciar la destrucción del querido árbol que las alimentó con su sávia. Los pájaros que cantaron en sus ramas y los que fabricaron en ellas sus preciosos nidos, también se alejaban espantados de tan cruel profanación, y los ecos de la selva repetían con acento melancólico el doloroso quejido de las rotas astillas.

El hombre, en tanto, cansado de su ruda faena, cesó un momento para enjugar el sudor que cubría su frente. Entonces el viento, que modulaba notas tristísimas entre sus destrozados troncos, formó un concierto suave como de palabras humanas, y el leñador oyó claramente que le decía el árbol con acento de justa queja.

—Mal haces en insultarme así: yo he cumplido sobre la tierra el destino que me señaló el Criador. Nacido apenas, mis frescos tallos servían de pasto á los corderillos que no podían morder las duras ramas de los jarales y lentiscos; con mis blandas hojas labraban sus nidos los pájaros del bosque inmediato, y de mis endebles varetas fabricaban las muchachas de la aldea canastillos para sus labores. Después crecí un poco, y la primavera me cubrió de blancas y olorosas flores: parecía una joven desposada con

su traje nupcial. Cuando el viento de la tarde me mecía, las hojas de mis ramas desprendidas, giraban en torno de mí, como al rededor de Dios deben girar las almas de los justos. Entonces los moradores de los pueblos cercanos venían á verme; las aldeanas cortaban mis flores para enlazarlas á sus cabellos; las madres para colocarlas sobre la sepultura de sus hijos, y el sacerdote cristiano adornaba con ellas los altares de la Virgen María.

¡Cuántas veces el agreste olor de mis pétalos subió hasta el trono del Eterno entre el humo del incienso y las oraciones de los fieles! ¡Cuántas veces besó la frente de la sencilla virgen que miraba declinar la tarde á la puerta de su cabaña!... y cuántas, en fin, penetró como sávia de vida en los pulmones del honrado labriego que regresaba á sus hogares llevando á sus hijos el pan que había ganado á cambio de fatigas y resignación!...

¡Oh! ¡Bendito sea el Dios que me crió para formar una nota pura y armoniosa en el gran concierto de la creación!

Pasó el tiempo. Mis ramas se extendieron más, y el otoño sazonó mis frutos. El hombre tendió otra vez su mano para despojarme, y elaboró con ellos mil sabrosas y variadas pastas, que lo mismo cubrieron la suntuosa mesa de los Césares, que el modesto mantel del pobre campesino. La medicina también les señaló un puesto á la cabecera de la humanidad doliente, ya convertidos en bebidas tónicas y refrigerantes, ya en aceites suaves y perfumados, ya en pastas y jabones higiénicos... por todas partes me extendí, siempre prodigando el bien, siempre ocupando un lugar importante, lo mismo



junto al lecho del anciano decrepito, que en el festín nupcial, ó sobre la cuna del recién nacido.

Y entre tanto mis ramas crecían y crecían; como la madre cariñosa que tiende sus brazos para proteger á sus hijos queridos, así se extendían para resguardar contra el viento y la lluvia al fatigado viajero, ó para abanicarlo en las cálidas siestas del estío.

Empero el hombre seguía destrozándose. De mis ramas más fuertes, los ancianos hacían báculos para sostener sus cansados miembros, y los muchachos de las cercanas alquerías recogían mis tallos secos y desgajados para avivar el fuego del hogar en las noches de invierno. ¡Cuántas veces he vuelto el calor y la vida al anciano indigente y al pobre niño!... ¡Cuántas veces mi llama ha reanimado las agotadas fuerzas del infeliz labriego!...

Hoy, en fin, has venido á destruirme del todo; á arrancarme de este hermoso bosque donde nací; á separarme de los otros árboles mis hermanos, con quienes siempre viví en dulce fraternidad, entonando á todas horas ese hermoso himno de paz y adoración que la naturaleza eleva al Supremo Señor del universo. Con mis troncos fabricarás muebles para tu casa; tal vez la cuna donde pase sus horas de inocencia el más pequeño de tus hijos... tal vez el banco donde tu padre tome el sol por última vez en su vida... tal vez alguna pieza del corvo arado que fecunda la tierra!... ¡Aún estaré mucho tiempo siendo útil á la humanidad!...

Y tú hombre, ¿qué has hecho en bien de tus semejantes?

AMPARO GARCIA.

EL TURBANTE Y LA CAMISA.

Entre las muchas y riquísimas joyas literarias que ha producido el Oriente, sobresalen las alegorías. Bien sé que este género de composiciones no es patrimonio exclusivo de la literatura oriental, sino común á todas, pero ninguna como aquella ha sabido encerrar bajo una forma amena y graciosa, las máximas más profundas, los principios más trascendentales. El principal mérito de las alegorías orientales consiste en su tendencia civilizadora y filosófica, que rara vez deja de producir el resultado apetecido, merced á la galana y sencilla vestidura en que se envuelve.

Cuando se pretende instruir y moralizar al vulgo, preciso es hablarle un lenguaje llano y al alcance de su poco cultivado entendimiento; las verdades más inconcusas dejarían de serlo para él, si se explicaran científicamente, pero si se desenvuelven por medio de símiles y comparaciones con lo que afecta á los sentidos, fácilmente se conseguirá hacerle comprender lo que no hubiera comprendido jamás

por medio de un procedimiento filosófico y un lenguaje técnico.

El vulgo comprenderá sin trabajo el principio de causalidad, si le decís que la planta no puede existir sin que antes haya existido la semilla, el ave sin el huevo, la obra sin el artífice; pero empeñados en demostrarle científicamente esta misma verdad, decidle que causa es *el ser que hace pasar á otro ser del no ser al ser*; que el efecto es *el ser que ha empezado á ser en virtud de la acción de la causa*; que no hay efecto sin causa, por que, *el ser que empieza á ser por la virtualidad de la causa puesta en acción, no podría pasar del no ser al ser, sin la causa virtual y activa*, decidle esto y se quedará con la boca abierta, mirandóos estúpidamente, si es que no os dice con socarronería—«¡Ea, no me venga V. con alicantinas y travalenguas!»

Sin darme cuenta de ello y aun contra mi propósito, me he detenido en probar la necesidad, que todo el mundo reconoce, de usar un lenguaje acomodado al estado intelectual de aquellos á quienes se habla, pero, *quod scripsi, scripsi* y sirva de prólogo á la alegoría oriental que voy á contaros.

Dicen las crónicas que, allá en tiempos remotos, ocupaba el trono de Persia un sultán llamado Abdulazis-Ibn-Malick, á quien la fortuna parecía haber adoptado por hijo. Abdu-lazis era el hombre más hermoso de la tierra, poseía el valor de Omar y la sabiduría de Mahoma, tenía por tributarios á los príncipes más poderosos, las arcas de su tesoro rebosaban de plata y piedras preciosas, su harem encerraba las mujeres más bellas de la Circasia, sus palacios, rodeados de floridos jardines, no tenían rival, sus establos estaban llenos de caballos, dromedarios y elefantes, sus esclavos eran más numerosos que las arenas del mar, y sus formidables ejércitos, jamás habían sufrido un solo revés.

Era feliz por lo tanto y así lo creía, sobre todo cuando estrechaba el talle de avispa de Miriam, su esclava favorita que contaba la respetable edad de quince años y que hubiera hecho pecar quince veces al mismo San Antonio, si San Antonio la hubiera visto en sus tentaciones. Nada más hechicero que aquel provocador diablillo, cuyos ojos eran dos carbones encendidos, cuya boca despedía una fragancia exquisita, cuya tez tenía la blancura y suavidad del marfil.

Aquella mujer voluptuosa, llevaba el título de esclava con harta impropiedad, por que realmente el esclavo era Abdulazis, que la idolatraba, que no tenía otra voluntad que la suya; Abdulazis que antes de haber dejado de satisfacer un capricho de Miriam, hubiese incendiado el mismo santo templo de la Caaba, Abdulazis que viéndola tan caprichosa y antojadiza, exclamaba muchas veces riendo: ¡Quiera Alah, gacela mía, que no te se antoje nunca un pedazo de la luna, por que no sé como haría para traértelo!

La vida, pues, del sultán, deslizábase tranquila y placentera como arroyuelo entre flores; respetado por sus enemigos, querido de sus vasallos, adorado por sus mujeres, mimado por Miriam, ¿que más hubiera podido pedir? Nada, si aquella felicidad hubiera durado siempre, pero ¡ah! no, el arroyuelo

que corre entre rosas y verdura, apenas se separa del fresco manantial que le dá vida, se rompe contra las agudas rocas de un despeñadero, ó se estanca entre el fétido cieno de un pantano.

Abdulazis, avaro de su propia dicha, quiso hacer un análisis de ella, quiso saber si le amaban realmente ó se lo fingían, como si en último resultado el amor fingido no le produjera los mismos placeres que el verdadero, siempre que la ficción le fuese desconocida.

¡Imprudente! arriesgaba el todo por una partecilla, la dicha entera por un pequeño quilate más! ¿Que le importaba que el sol no naciera por su amor exclusivamente, si le inundaba en luz y colores, si iluminaba toda la naturaleza y él podía contentarla?

Pero Abdulazis, ambicioso insaciable de felicidad, no se contentó con apurar la copa en que la bebía, trató de examinar su fondo y forzosamente había de encontrar heces. Cierta día mandó llamar á un famoso mago babilonio y le exigió un amuleto, mediante el cual pudiera leer en el alma de todos los hombres, para juzgar de la sinceridad de sus acciones. ¡Buena traza!, deseoso de evitarle un desengaño doloroso, negóse en un principio á tan insensato deseo, pero al fin hubo de ceder temiendo que su negativa despertase la cólera del sultan. Tomad, señor, este turbante, le dijo, mientras que oprima vuestras sienes, vereis de la misma manera que Dios, lo que pasa en el corazón de los demás, pero creedme, aun es tiempo, no juguéis locamente con vuestra dicha, no os espongaís á perderla por un capricho.—Lo he resuelto, contestó Abdulazis y no desistiré de ello.—Bien está, señor, pero para probaros que cedo solamente por obediencia y que lamento lo que os vá á suceder, ponéos el turbante.

Abdulazis se arrolló á la frente la tela encantada que era de una figura y un matiz maravillosos; á punto estuvo de arrepentirse cuando vió el sentimiento que se había apoderado del mago y el verdadero cariño que le profesaba, pero pudo más que el temor, la curiosidad y se dijo: ¿Por qué vacilar si hay alguno que me engañe, sentiré conocerlo, pero así sabré de quien he de fiarme.

Piense en este propósito, examinó á sus cortesanos, á sus generales, á sus vasallos y ¡cual fué su dolor al ver que no había entre ellos uno solo que fuera real y sincero! Las demostraciones de amor que le tributaban, nacían del temor ó de la ambición; para muchos era indiferente, para algunos odioso, para otros despreciable, ¡ni uno solo había que lo quisiera bien! Loco de furor y arrepetido, aunque tarde, de haber desoído los consejos del mago, dirigióse al haren. ¡Quizás las mujeres, pensó, sean más agradecidas que estos miserables á quienes he levantado del todo, á quienes he colmado de honores y riquezas!

En el haren sufrió un nuevo desengaño; aquellas mujeres que le abrazaban, como posesas de un amor frenético, que le quemaban el rostro con sus besos de fuego, mentaban también y allí en el fondo de su corazón lo aborrecían, lo despreciaban á nada sentían por él. El misero Abdulazis, viendo desaparecer una á una sus esperanzas, trató de detenerse

en su investigación, pero había de permanecer en la duda, cuando no quedaba más que el corazón de Miriam por consultar? ¡Ojalá si me ama esta, pienso, quedo suficientemente recompensado de la hipocresía, de la ingratitude de todos los demás. Bien pronto, el amargo desengaño llevóse esta última ilusión consoladora! ¡Miriam no le amaba!!!

Abdulazis cayó en la tristeza más amarga, en el abatimiento más profundo; no pudo resistir semejante golpe y enfermó. En vano se le prodigaron remedios, en vano se echó mano de la medicina y de la magia. Ni las yerbas y tiracas ni los amuletos y conjuros consiguieron disipar aquella enfermedad, que estaba en el alma y no en el cuerpo, como suponían los más hábiles doctores. Lejos de animar á Abdulazis las muestras de cariño que le daban sus vasallos, agravaban su estado, por que sabía que eran falsas, y hubiera muerto seguramente á no presentarse el honrado mágico que le dió el turbante.

—Vé, señor, le dijo, el resultado de haber menospreciado mis advertencias y consejos. Si eras feliz con la mentira, ¿por qué buscar la verdad á trueque de ser desgraciado? La felicidad consiste en la persuasión de que la poseemos, aunque así no sea: es una ilusión, no una realidad. Feliz es, el que alimenta la ilusión de que lo es, el que nada desea, el que está contento con su suerte. Ahora bien, tú lo eras y te empeñaste en dejar de serlo; ¿á quien te quejarás? pero como yo te amo, quiero mostrarte el único medio de volver á serlo. Haz que tus servidores busques á un hombre que sea feliz por su propia confesion y que te traigan su camisa. Una vez en tu poder, vistetela: tan luego como su tela se ponga en contacto con tu cuerpo, cesará la enfermedad que te aqueja y recobrarás la dicha perdida.

Abdulazis, acuéndose de esta esperanza, como se asiría de una hebra de hilo el que está proximo á ahogarse, mandó inmediatamente á dos de sus visires que recorriesen el imperio y si era preciso las naciones extranjeras, en busca de la maravillosa camisa, con ánimo de apoderarse de ella por medio de dádivas, de ruegos, de la persuasión ó de la fuerza.

Pusieronse en camino los dos embajadores, informándose, donde quiera que llegaban, de si eran dichosos los que veían alegres y contentos. Aquí era un poeta á quien el pueblo coronaba de laurel, allí un general victoreado por sus soldados despues de ganar una batalla, más allá un poderoso embriagándose en un espléndido banquete, acullá una mujer enamorada en brazos de su amante, pero ninguno, ninguno se creía feliz. El poeta lamentaba las amarguras que le costaba aquella corona, el general los peligros y las intrigas que le amenazaban, el poderoso los envidiosos y los cuidados que le proporcionalaban sus riquezas, la enamorada los celos é inquietudes que sentía por el amante; en suma, ninguno se creía feliz.

Desesperanzados ya de hallar lo que buscaban, los dos visires volvian á su país místios y cabizbajos, cuando encontraron un mendigo, que descalzo y harapiento, caminaba hacia ellos. Detuvieronse,

compadecidos al verle, y echando mano á la bolsa le alargaron una limosna.—¡Infeliz, le dijeron, te compadecemos!—¿Por qué? les contestó el mendigo, yo estoy contento con mi suerte, yo soy feliz.

Oír esto, y arrojarse ambos visires sobre él, gritando ¡la camisa! ¡la camisa! todo fué obra de un segundo.—Danos la camisa, exclamaban y te daremos por ella un tesoro, cuánto pidas.—No os la puedo dar, contestó el mendigo, porque... no la tengo.

En efecto, el hombre feliz no tenía camisa!!!

¿Qué quiere decir esta alegoría? ¿Que la felicidad, perdida una vez, no se recupera jamás? ¿Que no hay felicidad en este mundo? ¿Que la felicidad consiste en la tranquilidad del alma? ¿Que la felicidad consiste en la persuasión de que la gozamos?

Decida cada uno lo que mejor le parezca.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

SOÑANDO.

(IMITACION.)

Era una tarde oscura y nublada que se hacia más triste á medida que se acercaba la noche. Tan desagradable tiempo me producía una somnolencia invecible, á aumentar la cual contribuían la butaca sobre que estaba medio acostado y la lectura de *La Correspondencia*, de modo que, contra mi costumbre, empecé á dar cabezadas, apoyé despues la cabeza sobre el mullido espaldar, cerré los ojos y concluí por quedarme dormido.

Voy a contaros lo que soñé.

En un principio, vi un mar agitado furiosamente, que se tornó á poco en una llanura inmensa, monótona y triste por la cual discurrían muchas gentes en varias direcciones; contra lo que acontece en las reuniones populares, había en aquella muy pocas mujeres, ningun muchacho, y todos corrían como locos. ¿A dónde?

Allá á lo lejos, brillaba un objeto, como brilla una antorcha en la oscuridad; y á medida que me fijaba en él, noté que crecía, crecía, hasta que se convirtió en una mujer colosal, alada y resplandeciente, en la cual creí reconocer á la FAMA. A su alrededor y para tocar sus pies, se aglomeraba tanta gente, que la llanura desaparecía bajo un empedrado de cabezas humanas. Defendía á la figura una barrera erizada de espinas y en el breve recinto que formaba, lleno de flores y verdura, ameno y risueño, distinguí varias estatuas ennegrecidas y mutiladas por los años, medio cubiertas por el musgo y la yedra. Algunas de ellas, sin embargo, eran nuevas y sobre todas, con mayor ó menor intensidad, se reflejaban los rayos luminosos lanzados por la estatua de la fama.

Entre tanto, oscurecía el aire un denso humo, y se esparcía sobre la mísera muchedumbre que hacía esfuerzos supremos para salir de la esplanada y salvar la fatal barrera. Desde el solitario puesto donde me hallaba observando, conocí que aquel humo embriagador provenía de unos incensarios que ma-

nejaban los inquietos alborotadores que se agrupaban junto al ameno recinto. Semejante espectáculo excitó mi admiración, que subió de punto al ver que de cuando en cuando, se detenían muchos de ellos para incensarse mutuamente; pero no era esto lo más extraño, sino el que aquellos á quienes nadie incensaba, se incensaban á si mismos. Acompañaban el incensario los primeros, con los ademanes más ridículos, porque unas veces daban á su semblante la gravedad de un padre maestro, otras lo movían con la forzada sonrisa del que siente la elevación de otro, y sus miradas dejaban escapar el veneno de la envidia.

Llenos de rabia, miraban muchos á los incensadores que incensaban á otros, y porque no se volaban á ellos, les arraucaban los incensarios y se los rompían en la cabeza, haciéndoles venir al suelo donde eran pisoteados sin compasión.

Una nueva maravilla se ofreció á mi vista.

Al humo del incensario, muchos de ellos comenzaron á hincharse de tal modo, que en breve se transformaron en enormes vejigas que volaban un momento por los aires, para reventar á seguida con estrepito entre las risotadas de los demás, que continuaban incensándose á más y mejor.

Entre aquel rebaño de incensadores incensados, vi algunos que permanecían inmóviles y con los ojos fijos en una especie de columna, que por lejana no pude distinguir bien, pero sobre ella, escrita con caracteres de fuego, leíase claramente la palabra: «POSTERIDAD.»

También llegaba hasta ellos alguna que otra vez el humo de los incensarios, pero como no se cuidaban de devolverlo y aun arrojaban una mirada compasiva sobre la turbamulta de incensadores, los que se habían vuelto vejigas, como un enjambre de tabanos rabiosos, se arrojaron sobre ellos mortificándoles de mil maneras; mas no por eso se movían los contempladores de la misteriosa columna, permanecían impasibles y á cada dentellada que recibían de los agresores, oíase un ruido como el que produce el vidrio cuando choca contra la piedra berroqueña.

Un viento helado é impetuoso, vino á disipar la humareda que despedían los incensarios, y entonces conocí que eran pigmeos, muchos que á través de ella me habían parecido gigantes.

Las extrañas vejigas que á cada momento se formaban, rompíase al soplo del viento que las arrojaba sobre un horrible peñasco sembrado de agudas puntas de hierro, sobre el cual estaba escrito con letras de color de sangre el vocablo «CRÍTICA» y dando un chillido estallaban en mil pedazos.

Hasta entonces no había visto ciertas banderas, cuyos lemas no pude leer al pronto porque el viento las agitaba fuertemente; tras de ellas corrían muchos pelotones que empujándose, impidiéndose el paso unos á otros, é hiriéndose villanamente, semejaban un ejército de bandoleros en disputa. Los que seguían una misma bandera, peleaban entre sí con mayor encarnizamiento quizá que con los otros, por sobreponerse, adelantarse y salvar la espinosa valla que rodeaba á la fama. En aquellas banderas, luego que cesó algun tanto el viento, pude leer Ro-

manticismo, Clasicismo, Puristas, Reformadores, etc. pero todas ellas cambiaban de color a cada instante, en medio de tal confusión, ya se alzaban rianfantes, ya eran arrojadas en un fangoso charco alimentado por el agua que descendía de dos fuentes sobre las cuales había estos dos letreros «MODA» «ESCUELA.»

Entonces volvía à empezar el rumor de los aplausos y los silbidos, y los incensarios à vomitar nubes de humo. Los incensadores recogían el incienso de un gran recipiente de figura redonda en cuyos bordes había unas letras que decían «VERDAD.» Pero el humo había ennegrecido de tal modo la inscripción, que apenas podía leerse y algunas veces cuando el viento arreciaba, parecía que aquellas letras cambiaban, porque entonces se leía clara y distintamente la palabra «VANIDAD.»

Como para dar treguas à mi espíritu confuso por tanta vision y ruido tanto, estendióse gradualmente una oscura niebla sobre los que incensaban para ser incensados, y aquellos que mordían y arañaban à los que miraban à la *Posteridad*, convirtiéronse en globos voladores. Una claridad, como la del alba, se difundía sobre los pocos que no habían buscado incensadores, sufriendo horribos mordiscos, y poco à poco tomaban la forma de estatuas de mármol; el espinoso muro se bajó ante ellos y entonces entraron à formar parte de la pléyade que rodeaba à la *Fama*. Eran muy pocos.

Las hinchadas vejigas desaparecieron dejando un rastro verdinegro y nauseabundo por donde pasaban. En aquel punto abrióse la tierra con espantoso estruendo y lo absorbió todo.

Entonces desperté.

El viento había abierto de par en par la carcomida ventana de mi cuarto y silbando agudamente, desparramaba los papeles de mi mesa, y me helaba los miembros. Ya era muy entrada la noche y sin embargo una claridad rojiza iluminaba las paredes de mi cuarto; oía una lúgubre y lenta cantilena. Esto me turbó hasta el punto de creer que seguía soñando. Levanteme amedrentado, pero volviendo en mí, corrí à la ventana para cerrarla. Vi entonces un ataud seguidó de una triste comitiva alumbrada por el siniestro resplandor de los blandones, y fijo el pensamiento en mi sueño exclamé: *¡Sic transit gloria mundi!*

La muerte disipa todas las adulaciones, todas las imposturas, todas las intrigas, hace cesar la envidia y más tarde ó más temprano, dá à cada uno el puesto que merece.

JORGE RENDON GOODSQUIRE.

POESÍA.

UN PERRO Y UNA MUJER.

La ví y la amé. Su labio de coral
Eterna fe juró,
Fe pura, candorosa, virginal
(Eso creía yo.)

Mimo llamaba à su leal perrito:
¡Cuanto le acaricié!
Si de azúcar le daba un terroncito,
Jugaba él con mi pié.

.....

Había disipado mi fortuna;
Ocho meses despues,
La ví cruzar la calle de la Luna,
Seguida de un marqués.

Qué sonrisa tan fría é insultante
Su labio dibujó!
¡Pobre Mimo! llegóse jadeante
La mano me lamó.

Cuando con mi razon solo me encierro,
Pregunto sin querer,
¿Cual de aquellos dos seres era *el perro?*
¿Cual era la mujer?

MIGUEL FERNANDEZ.

A. L.

Hébras de seda adornan tu cabeza
coronando tu frente encantadora;
tus ojos, de viveza seductora,
negros son cual la noche y mi tristeza.

Tus labios, do el amor busca terneza,
perfuma el hriso y el carmin colora;
tu sonrisa es la risa de la aurora;
subyuga tu mirar por su firmeza.

Tu seno causa envidia al alba nieve;
tu talle es más esbelto que la palma;
con tu cuello el del cisne no se atreve.

Tu presencia gentil roba la calma.
¡Hermoso cuerpo que à la envidia mueve!
¡Lástima que no tengas así el alma!

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

LA SUPERFICIE Y EL FONDO.

Fueron las aguas del tranquilo lago
Clarísimo cristal
Donde miré mi faz reproducirse
Con gran fidelidad.

La mano deslicé, creyendo ¡nécio!
Otra mano encontrar,
Y en el fondo del cieno sepultarla
Logró solo mi afán.

.....

Mira del hombre el fondo, donde es fácil
Que al querer penetrar,
Halles bajo una tersa superficie
Pérfido cenagal.

VICENTE GUILLOT.

ANUNCIOS.

El día 2 de octubre próximo á las 11 de la mañana, se vende en subasta particular una dozava parte del edificio TEATRO de esta ciudad, en la notaría de D. Telesforo Mayor donde está de manifiesto el pliego de condiciones. No se admitirá postura menor de 5,000 rs.

ALMANAQUES AMERICANOS

PARA 1879.

Acaba de recibirse en esta librería un magnífico surtido de almanagues de pared, que contienen al dorso de cada hoja charadas, epigramas, anécdotas, acertijos, etc., etc. También se hallan á la venta ejemplares de los acreditados almanagues «de la Alegría,» «de los Chistes,» «del tío Carcoma» y de las novelas «La Hija mártir,» «El rey de los ladrones,» «Aventuras de tres mujeres,» «El rigor de las desdichas,» «Los pordioseros de frac» publicadas recientemente por la casa editorial de D. Jesus Graciá.

ARTE DE COCINA.

Magnífico y excelente tratado culinario escrito por D. Juan de Mata, cocinero en jefe y propietario del Gran Hotel de Mata en Lisboa, precedido de un prólogo de D. Alberto Pimentel y traducido al español por D. José Araujo. Forma un tomo de más de cuatrocientas páginas ilustradas con grabados intercalados en el texto. Se vende en esta librería al precio de doce reales cada ejemplar.

VENTA de una casa sita en la calle de Granada número 10. El que quiera interesarse en su compra, en esta imprenta se le dará razon.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 17 de Setiembre.
Trigo candeal, de 40 á 42 rs. fanega.—Idem barbilla, de 38 á 40 id.—Centeno, de 28 á 30 id.—Cebada, de 22 á 24 id.—Algarrobas, de 20 á 22 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 2 á 3 rs. arroba.—Aceite, de 74 á 76 rs. cántaro.—Harinas, de 1.^ª á 17 rs. arroba.—De 2.^ª á 16 id.—De 3.^ª á 13 id.—De 4.^ª á 10 id.—Menudillo á 5 id.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

En la misma librería, se sigue espendiendo con una aceptación asombrosa, la verdadera y legítima

TIETA UNIVERSAL,
(EN POLVO.)

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
LA MODA ELEGANTE
ILUSTRADA.

En la redaccion de el „El Eco del Águeda,“ se admiten suscripciones á ambos periódicos sin recargo en el precio por comision, fraude u otro cualquier concepto. Los señores que se suscriban, gozarán de los mismos derechos y garantías que si lo hicieran directamente en la administracion central.

MARIA-ROSA.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

I.

Estamos en Nápoles y á 30 de Julio de 1676.

El reloj de San Genaro habia dado ya las doce de la noche y sin embargo, la calle de Toledo estaba literalmente atestada por la muchedumbre que se detenía al pié de un palacio, por cuyos balcones se escapaban torrentes de luz, de aromas y de armonía.

Aquel palacio era la vivienda del célebre pintor José de Rivera, que daba un baile en obsequio á S. A. R. el señor D. Juan de Austria, hijo del rey D. Felipe, que acababa de pacificar á Nápoles.

El día 7 de Mayo de aquel mismo mes, un pobre pescador de Amalfi, llamado Tomás Aniello habiáse puesto á la cabeza del populacho y sublevándose contra el virey D. Rodrigo Ponce de Leon, duque de Arcos. El motín que, en su origen, no tuvo otro objeto que la abolición de las gabelas ó derechos de portazgo impuestos á los comestibles que se introducían en la ciudad, convirtiéndose bien pronto en espantosa revolucion.

Fácil es hacerse obedecer del pueblo cuando se le dice: *empieza*, pero muy difícil cuando se le dice: *acaba*. Despues de empujarlo por la pendiente de la rebelion, es una locura preten-

der detenerlo en un momento y dentro de un límite dado, por que el pueblo es semejante á un caballo desbocado; rebasa la línea que sus instigadores le señalan y aun los arrolla si tratan de impedirselo.

Lo que comenzó por pedreas de albérchigos y ciruelas, concluyó á estocadas y balazos; las cañas se volvieron lanzas y el sainete degeneró en horrible tragedia. En solo diez dias, perecieron más de doce mil hombres, el fuego redujo á cenizas cien palacios y se perdieron sobre novecientos millones. La Francia, eterna enemiga del nombre español, atizaba la hoguera encendida y haciendo creer á los revoltosos que les ayudaba desinteresadamente á recobrar su independencia, procuraba realmente arrebatár aquel país á la corona de España, para ponerlo bajo el dominio de un príncipe francés.

El duque de Guisa, Enrique de Lorena, llegó á poner el pié en Nápoles protegido por las fuerzas de mar y tierra que mandaban el almirante Richelieu y el duque de Vandome. El mismo pueblo que aclamaba á Masaniello como á un semi-dios el día antes, lo mató como á un perro rabioso para dirigir su adoración al nuevo ídolo que á su vez no tardó mucho en ser derribado del altar.

La llegada del gran prior de Castilla, generalísimo de los ejércitos D. Juan de Austria, desbarató el castillo de naipes levantado por los franceses y convirtió en humo lo que ellos creían una conquista segura y sólida.

El duque de Guisa vencido una y otra vez, fué hecho prisionero por último y enviado á Madrid; el conde de Oñate reemplazó á Ponce de Leon en el vireinato y Nápoles quedó pacificada.

Todos los jefes ó cabecillas de la insurrección que no habian sucumbido en ella, se alejaron de la ciudad huyendo de los vencedores á quienes habian hecho una guerra esterminadora y sin tréguas. Esta fué la suerte que cupo á los *vengadores* y á los pintores de la *Compañía de la muerte* que habian inmolado cruelmente á todo el español que por desgracia cayera en sus manos.

MARÍA-ROSA,

NOVELA ORIGINAL

DE

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.



CIUDAD-RODRIGO:

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE ANGEL CUADRADO,

Plaza Mayor, número 20.

1878.